

Verónica Cortínez

CINE A LA CHILENA: LAS PERIPECIAS DE SERGIO CASTILLA

Santiago, RIL Editores, 2001-10-09

La talentosa y dinámica Verónica Cortínez nos ha entregado en *Cine a la chilena: Las peripecias de Sergio Castilla* un testimonio ameno y necesario sobre la vida, formación profesional y obra de Sergio Castilla, sobresaliente director y guionista del cine chileno.

La autora es profesora del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California (UCLA). Allí enseña literatura hispanoamericana colonial y contemporánea y cine chileno. Estudió Letras en la Universidad de Chile y tiene también un doctorado de la Universidad de Harvard, en Lenguas y Literaturas Románicas. Actualmente es Directora de Estudios Graduados del Departamento universitario en que trabaja en Los Angeles, donde recientemente ha sido designada la mejor docente de esa casa de estudios.

La tarea abordada por Verónica confirma su vocación de investigadora, pasando por su especialidad primordial a la de la cinematografía. Este libro es el resultado de una pesquisa vertiginosa, pero no por ello improvisada, sobre la persona y la obra del autor de "Gentile Aloutte", "La niña de la sandía", "Gringuito" y "Te amo (made in Chile)". Su propósito es revelar, en una escritura académica sin recargos, sino que con gran poder de comunicación con el lector, lo que no se conocía acerca de un cineasta extraordinario de nuestro medio, en quien se descubre a un peregrino (en Francia, Suecia, Cuba, Nueva York y Chile), un héroe iluminado, capaz de imposibles hazañas. En ágiles páginas cargadas de datos, deja a la vista una carrera brillante y aleccionadora. Verónica no solo rescata el retrato fiel de un realizador de talento, sino que nos convence de que cada director es una cámara que tiene al frente una escena y a su espalda una vida, y que ambas perspectivas jamás pueden separarse si quiere crearse una obra valiosa. Por eso se nos aparece Sergio Castilla como alguien que tiene mucho que decirnos, que es dueño de secretos, protagonista de una historia de extraordinario esfuerzo y que ha elegido cámara y pantalla para hacernos partícipes de sus emociones, carencias y aventuras, y también de sus triunfos y efectos.

El estilo de Verónica Cortínez está conducido directamente al dato biográfico y se transforma en el seguimiento documentado de una trayectoria creativa y humana. Nos convence de que siempre la opción de dedicarse a crear algo, en el caso de Castilla imágenes, va precedida de una posición alerta, crítica y ética tanto ante la vida como frente al material transformado en una obra de luces, sonidos y movimiento que es el cine. Con un lenguaje coloquial, elude el dato estéril y destaca las etapas de la formación del cineasta elegido como un hecho contundente para conocer su línea creativa y las peripecias para lograr sus películas. De paso, esta estrategia permite internarse en la fisonomía del cine nacional y descubrir el suplicio que soporta quien se decide a ser autor en tal ambiente.

Como si esto fuera poco, la estructura del relato logra crear personajes, fundamentalmente Castilla, que participan en una trama apasionante, con planteamiento, intriga,

crisis y desenlace que asemejan el estudio a una obra narrativa, dejando que no sea difícil leerla y asumirla como una novela, en que algunas personas se relacionan, se enfrentan y maduran a través de conflictos, recobrando fuerzas y dándonos lecciones. Estas revelaciones incitan a pensar que el ejemplo de Verónica debiera seguirse por otros escritores, incluso por ella, para hacer una galería literaria con el mismo objeto, es decir, relaciones similares sobre otros realizadores sobresalientes de nuestra cinematografía. Cada uno se merece un homenaje de esta naturaleza y categoría.

Sin margen de error, el libro que está lleno de datos interesantes y reseñas de las películas de Castilla, desde que fueron proyectos dolorosos hasta resonantes logros, cada cual nacido de tres guiones, ensayados para seleccionar aquel que llevará el sello característico de su estilo, definido por su humanidad y el cariño por sus personajes —especialmente niños y adolescentes—, donde también hay espacio para la ternura, la fantasía, el humor, la sátira y la cristalina y acusadora mirada social. Su posición testimonial es que en el mundo hay muchas cosas que andan mal, que se hiere sistemáticamente a los inocentes, y que esto hay que superarlo con optimismo, coraje e ilusiones. Aunque éstas sean pisoteadas por los cobardes de siempre.

Este libro hace madurar en varios sentidos. En primer lugar, descubrir que tras cada persona, en este caso un autor cinematográfico, se encuentra un ser de carne y hueso, como todos nosotros, que tiene sueños y sabe cómo realizarlos y proyectarlos para que los conozcamos y meditemos. También nos dice que esos sueños se hacen obra pagando el alto precio de dejar en el camino muchas cosas gratas. Lo que comprobamos con las continuas idas y venidas de este artista errante en busca del sitio que instalará sus historias, sus anhelos y su cámara.

Por otra parte, el libro da oportunidad de conocer a grandes rasgos, y a veces en detalle, la tortuosa geografía de nuestro quehacer cinematográfico, minado por la indiferencia y la ignorancia de quienes deben apoyarlo. También las vertiginosas páginas escritas por Verónica podrían ser un símil de otra Verónica, aquélla que dejó estampado en un lienzo el rostro de un calvario, donde quedó impreso el dolor y la luz de una faz sagrada. Porque en el paño que son estas páginas quedan fijas las sombras y alegrías de Castilla. Todos aquellos momentos en que las puertas hacia sus anhelos se cerraban, y luego las ventanas que se abrían para que entrara el aire fresco a su vida, logrando que condujera a buen puerto sus meditados y esforzados proyectos.

Podrían citarse muchas partes de este libro excepcional. Cada párrafo se lo merece para conocer mejor a Castilla. Pero urge seleccionar un episodio con el que nadie puede negarse a solidarizar, porque corresponden a un verídico testimonio acerca de lo que han soportado los talentos de nuestra cinematografía.

“En julio de 1968, Sergio Castilla volvió a Santiago y pasó los siguientes dos años sin poder filmar ni un metro de película, por lo que tuvo que trabajar en una agencia de publicidad y enseñar cine en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, donde su sueldo mensual le alcanzaba sólo para un churrasco, que se comía el día que le pagaban. Cuando quiso compartir con sus alumnos su vasta experiencia formativa y enseñarles la Historia del Cine, encontró que no había copia de películas disponibles, por lo que sus alumnos no podían ver a los Lumière, a Méliés, ni a Griffith. Tampoco

había cámaras de cine, ni película virgen para filmar, ni grabadoras para recoger el sonido. En Chile ni siquiera tenían las expectativas de que hubiera lo necesario para aprender el oficio. Sergio veía cómo el talento que había en la sala de clases no podía desarrollarse por falta de recursos, y le dolía a diario tener que resignarse a enseñarles el montaje cinematográfico”.

Hechos como éste y muchos más revelan las páginas de este imprescindible libro y atractivo de Verónica Cortínez.

MARIANO SILVA